



**GREG
EGAN**

CUARENTENA

La fiebre de la burbuja ha provocado revueltas e inspirado nuevas religiones desde que el 15 de noviembre del 2034 un escudo impenetrable encerró al Sistema Solar. Treinta y tres años después, un detective privado investiga la desaparición de una niña en una institución mental; tras eliminar todas las posibilidades, sólo queda lo imposible: salió atravesando las paredes, como en un fenómeno de efecto túnel. «Cuarentena» es una de las escasísimas novelas que han sabido dar forma de ficción a la teoría cuántica. Greg Egan ofrece en ella una visión fascinante del impacto de las nuevas tecnologías, al mismo tiempo que desarrolla una trama salpicada con algunas de las especulaciones más sugerentes que ha dado la ciencia ficción.

PRESENTACIÓN

Bruce Sterling dijo una vez que los poetas eran los legisladores no reconocidos del mundo, y que los escritores de ciencia ficción eran los bufones de su corte. El australiano Greg Egan, como bufón, es uno de los más cautivadores que ha dado la ciencia ficción en la década que termina.

Egan empezó a ganarse la reputación que hoy ostenta ya desde sus primeros cuentos publicados en la revista británica «Interzone» y en varias antologías y revistas australianas. Con posterioridad vendrían las apariciones en la revista americana «Asimov's Science Fiction Magazine», que acabarían afianzando su carrera y preparándolo para dar el salto a la distancia larga.

Cuando la crítica habla de la obra de Egan, se sacan a colación varios nombres recurrentes entre los que destacan Stanislaw Lem y Philip K. Dick. La huella de estos dos escritores es apreciable en ciertos enfoques y temas utilizados por el autor de Perth, aunque éste destila un distanciamiento —con el que pone casi en entredicho la propia condición humana— que lo aparta de los tratamientos esgrimidos por el polaco y el californiano. Pero comparte con ellos la preocupación por los temas metafísicos, que desarrolla de forma claramente recursiva a lo largo de su obra. Gracias a una suerte de repetición más propia de la música tecno que de la escritura, el autor despliega una panorámica de estados de ánimo, de estados del ser humano, rica en matices sutilmente diversos, agrisulces y enriquecedores.

Egan pasó la mayor parte de 1990 escribiendo la presente novela, «Cuarentena». Era su primera novela de ciencia ficción y su segundo libro publicado (tras «An Unusual Angle», una novela de juventud escrita a los 17 años y publicada seis años más tarde, en 1983, por la editorial australiana Norstrilia Press). Constituye la primera entrega de lo que su autor denominaría después el Ciclo de la Cosmología Subjetiva, que se completa con «Ciudad permutación» y «El Instante Aleph». En ella, a partir de los postulados sobre mesurabilidad de la mecánica cuántica, Egan desarrolla una intrincada trama en la que un peculiar y metódico investigador privado sigue la pista de una joven desaparecida de un instituto psiquiátrico.

La novela contiene muchos de los rasgos que caracterizan al autor: personajes racionalistas hasta extremos enfermos y/o empáticamente distantes; la presencia de tecnologías increíbles y sus truculentas aplicaciones; situaciones tan extrañas como lógicamente consistentes; puntos de vista perturbadores; secundarios impagables; e ideas que podrían ser paladeadas sólo por el propio vértigo que producen.

Hoy, en 1999 y con cuatro novelas del género a su cargo, Egan goza de un amplio reconocimiento y es sin lugar a dudas el artífice de alguno de los capítulos más destacados de la ciencia ficción contemporánea. No es, sin embargo, un autor muy popular entre el público norteamericano; aunque ha sido nominado varias veces a los premios más emblemáticos del género (Hugo y Nébula), nunca ha obtenido ninguno de ellos. Sí ha merecido, en cambio, el John W. Campbell Memorial, concedido por jurado, y el premio Ditmar en Australia en dos ocasiones.

Egan hace gala de un estilo sencillo, directo y fácilmente asimilable, pero no está interesado en ofrecer narraciones reconfortantes, ni escribe el tipo de ciencia ficción diseñada para ratificar creencias caducas o afianzar nuestra visión del mundo. No ofrece placebos, sino auténticas medi-

cinas. Medicinas que saben mal, que tienen efectos secundarios y que, si uno no está terminalmente enfermo, pueden llegar a curar.

Desde sus primeros e ingenuos esfuerzos, hasta sus relatos más escrupulosamente dañinos, Greg Egan salpica sus historias con toques de desesperación, atmósferas de incertidumbre y latidos de desasosiego que, hurgando en la llagas del ser humano, logran aproximarnos a él y brindarnos una especie de aliento irónico. «Somos patéticos, ¿y qué?», parece preguntarse una y otra vez.

Y eso es precisamente lo que ofrece «Cuarentena»: un modo de hacer ciencia ficción que analiza los temas abordados hasta sus límites epistemológicos; personajes no necesariamente diseñados para que nos identifiquemos con ellos; una literatura para mentes inquietas, que derriba mitos e intenta, desde el disfraz de un género, acercarse a la razón última de las cosas.

Póngase pues cómodo y deje que este payaso sabio juegue con su cerebro; déjese deslumbrar por sus piruetas de saltimbanqui. Pero tenga cuidado, porque cuando lo vea alejarse, le habrá invadido una profunda sensación de extrañeza; pero no será el mundo el que haya cambiado, sino sus ojos.

CARLOS PAVÓN

PRIMERA PARTE

1

Sólo los clientes más paranoides me telefonan cuando estoy durmiendo.

Nadie quiere que una llamada de naturaleza confidencial sea descifrada electrónicamente y expuesta en la pantalla de un videófono corriente, por supuesto; incluso suponiendo que la habitación no esté pinchada, las emisiones de radiofrecuencia de la señal descodificada pueden ser captadas a una manzana de distancia. Aun así, casi todo el mundo se contenta con recurrir a la solución habitual: una pequeña modificación neural permite que el cerebro lleve a cabo el desciframiento por sí solo y pase los resultados directamente a los centros visuales y auditivos. La modalidad que utilizo, **Criptodependiente** (Neurocom, 5999 \$), incluye también una opción de laringe virtual que garantiza seguridad total en ambos sentidos.

Pero incluso el cerebro desarrolla filtraciones bajo la forma de tenues campos eléctricos y magnéticos. Un detector superconductor no más grande que una partícula de caspa implantado en el cuero cabelludo puede acceder al flujo de datos neurales involucrado en un acto de percepción simulada, y es capaz de traducirlo casi instantáneamente a los sonidos e imágenes correspondientes.

De ahí **La centralita nocturna** (Axón, 17 999 \$). Las nanomáquinas que se encargan de llevar a cabo esta modificación pueden necesitar hasta un máximo de seis semanas para cartografiar los esquemas idiosincráticos del usuario

—es decir, las reglas que determinan cómo quedarán codificados los significados dentro de las conexiones neurales —, pero en cuanto han terminado, ya puedes prescindir de la intermediación del lenguaje sensorial. Si tu comunicante quiere que sepas algo, lo sabrás sin ninguna necesidad de alucinar una cabeza parlante que te lo diga de viva voz, y la firma electromagnética a nivel craneal es, a todos los efectos prácticos, totalmente inescrutable. El único problema es que, en el estado consciente, a la mayoría de personas les resulta un poco molesto —y en el peor de los casos, incluso traumático— sentir que la información se está cristalizando dentro de su cabeza sin haber pasado por los preliminares convencionales. Por ello, para recibir la llamada tienes que estar dormido.

No hay sueños. Sencillamente despierto sabiendo.

Laura Andrews tiene treinta y dos años, mide un metro cincuenta y seis centímetros y pesa cuarenta y cinco kilos. Cabellos castaños, lisos y más bien cortos; ojos azul claro; una nariz larga y delgada. Rasgos angloirlandeses y piel muy negra porque, como les ocurre a la inmensa mayoría de australianos, nació sin una protección adecuada contra el ultravioleta y ha sido equipada con genes que aumentan la producción de melanina y el grosor de la epidermis.

Laura Andrews sufre severas lesiones cerebrales congénitas: puede andar y comer, aunque con bastante torpeza, pero es totalmente incapaz de comunicarse, y los expertos aseguran que su nivel de comprensión del mundo no se encuentra muy por encima del de un niño de seis meses. Desde los cinco años, Laura ha permanecido ingresada en el Instituto Hilgemann local.

Cuando un celador abrió la puerta de su habitación para servirle el desayuno hace cuatro semanas, Laura no estaba allí. Después de haber registrado el edificio y los jardines, la dirección llamó a la policía. Los agentes repitieron el registro, lo extendieron y llamaron a la puerta de todas las casas de los alrededores, pero no dieron con ella. La habita-

ción de Laura no mostraba ninguna señal de que alguien hubiera entrado por la fuerza, y las grabaciones de las cámaras de seguridad no proporcionaron ninguna pista. La policía entrevistó a todo el personal, pero nadie se derrumbó y confesó haber hecho desaparecer a Laura.

Cuatro semanas después, nada. Nadie había visto a Laura Andrews. No había cadáver. No había demandas de rescate. La policía no había abandonado el caso, por lo menos oficialmente: se habían limitado a rebajar su prioridad, a la espera de nuevos acontecimientos.

Nadie esperaba que se produjeran.

Mi trabajo consiste en encontrar a Laura Andrews y devolverla al Hilgemann sana y salva —o en localizar sus restos, si está muerta— y reunir las pruebas suficientes para asegurar que los responsables de su secuestro puedan ser juzgados.

Mi cliente, que ha preferido permanecer en el anonimato, cree que Laura ha sido secuestrada, pero no ha sugerido ningún motivo para ello. Por el momento, yo tampoco tengo nada que decir. No estoy en condiciones de mantener ninguna opinión al respecto: tengo la cabeza llena de conocimientos recibidos coloreados por la perspectiva de mi cliente, que incluso podría estar deformada por las mentiras.

Abro los ojos, me levanto de la cama y voy a la terminal del rincón, porque tengo por norma no confiar en mi cabeza para los asuntos financieros. Pulsar unas cuantas teclas basta para confirmarme que mi cuenta acredita el ingreso provisional de un pago inicial satisfactorio, por lo que aceptar el depósito indicará al cliente que he aceptado el caso. Dedico unos momentos a repasar mentalmente los detalles del encargo, intentando convencerme de que realmente lo he entendido bien todo —ese tipo de llamadas siempre vienen acompañadas por una tenue sombra de la lógica de los sueños, con la leve pero implacable sospecha de que

por la mañana nada de cuanto acabo de saber tendrá el menor sentido—, y luego autorizo la transacción.

Hace una noche bastante calurosa. Salgo al balcón y contemplo el río. Incluso a las tres de la madrugada, las aguas están llenas de embarcaciones de recreo de todos los tamaños, desde tablas de vela luminiscentes que relucen con suaves resplandores anaranjados o verde lima hasta yates de doce metros de eslora recorridos por los haces de reflectores más potentes que el sol. Hacia el este, gigantescos hologramas de cartas, dados y copas de champán ejecutan piruetas por encima del casino entre guiños estroboscópicos. ¿Es que ya nadie duerme nunca?

Alzo la mirada hacia el vacío negro del cielo y me siento inexplicablemente fascinado. Esta noche no hay luna, nubes ni planetas, y la oscuridad, monótona y repetitiva, se niega a tolerar cualquier reconfortante ilusión de escala: podría estar contemplando el infinito, o el reverso de mis propios párpados. Una oleada de náuseas recorre todo mi ser, en una mezcla contradictoria de claustrofobia superpuesta a la vertiginosa percepción de las dimensiones inhumanas de la Burbuja. Me estremezco —un solo, violento temblor—, y después la sensación desaparece de repente.

Una alucinación modular de Karen, mi esposa muerta, de pie en el balcón junto a mí, desliza un brazo alrededor de mi cintura y dice: «¿Nick? ¿Qué te ocurre?». Su piel está fría y sus dedos se extienden sobre mi abdomen, desplegándose como antenas. Estoy a punto de preguntarle, a manera de explicación, si nunca echa de menos las estrellas, y entonces comprendo lo ridículamente sentimental que sonaría eso, y consigo volver a cerrar la boca antes de haber hablado.

Sacudo la cabeza.

—Nada.

Los jardines del Instituto Hilgemann permanecen todo lo verdes que ha podido llegar a volverlos la ingeniería genética —y la reticulación implantada mediante la fuerza bruta—, durante el apogeo de un verano en el que deberían estar muertos y marrones. El césped brilla bajo el calor de la mañana igual que si estuviera empapado de rocío, sin duda irrigado constantemente justo por debajo de la superficie, y avanzo por el camino de acceso principal bajo la sombra de lo que parece una especie de arce. Una imagen muy cara de mantener, desde luego: las tarifas para los usos frívolos del agua, ya exorbitantes, se duplicarán en algún momento de los próximos meses. El tercer conducto Kimberley, que traerá agua desde presas situadas a dos mil quinientos kilómetros al norte, ya ha rebasado el presupuesto en un cuatrocientos por cien, y los planes para una planta desalinizadora han vuelto a ser abandonados: al parecer, un repentino exceso de producción en el mercado de los minerales oceánicos ha minado la viabilidad del proyecto.

El camino termina en una calzada circular que rodea un soberbio arriate de llores en espectacular floración policromática. Los colibríes de genes confeccionados, marca registrada por SI, revolotean como flechas de un lado a otro o flotan inmóviles sobre las flores. Me detengo un momento para contemplarlos, esperando —en vano— presenciar cómo uno de ellos contraviene su programación apartándose del círculo.

Todo el edificio ha sido construido con falsa madera, y la disposición general sugiere un motel. Hay Institutos Hilgemann en todas partes, sin que se pueda culpar a ningún Hilgemann de ello: todo el mundo sabe que Servicios Internacionales pagó una pequeña fortuna a sus asesores comerciales a cambio de que les proporcionaran el nombre «óptimo» para su departamento de hospitales psiquiátricos. (En cuanto a si el conocimiento público del origen del

nombre ha invalidado dicho efecto de optimización, o si en realidad es su base más sólida, no sabría decirlo). Si también dirige y administra hospitales médicos, centros de atención infantil, escuelas, universidades, prisiones y, desde hace poco, varios monasterios y conventos. A mí todos me parecen moteles.

Me dirijo al mostrador de recepción, pero no necesito llegar a él.

—¿Señor Stavrianos?

La doctora Cheng —la Directora Médica, con la que hablé brevemente por teléfono— ya me está esperando en el vestíbulo, una cortesía inusual que, educadamente, me priva de cualquier posibilidad de husmear por ahí sin la supervisión adecuada. Nada de batas blancas en el Instituto Hilgemann: el vestido de la doctora Cheng luce un complicado dibujo escheriano de pájaros y flores entrelazadas. La doctora me conduce hasta su despacho a través de una puerta de uso reservado al personal de la institución y un laberinto de corredores. Nos sentamos en cómodos sillones, lejos de su escritorio espartano.

—Ya sé que está muy ocupada, y le agradezco que haya accedido a recibirme.

—Puedo asegurarle que deseamos encontrar a Laura tanto como ustedes, y estamos dispuestos a cooperar en todo lo posible. Pero debo decir que no entiendo qué espera conseguir su hermana demandándonos. Eso no va a ayudar a Laura, ¿verdad?

Respondo emitiendo un carraspeo lleno de simpatía, pero cautelosamente neutral. La hermana, o sus abogados, quizá sea mi cliente, pero de ser así ¿por qué tanto secreto? Aun suponiendo que no hubiera venido hasta aquí para presentarme ante la oposición —y no he recibido instrucciones de no hacerlo—, los abogados del Hilgemann habrían dado por sentado que la hermana de Laura acabaría recurriendo a un investigador tarde o temprano. Ellos tam-

bién habrán recurrido a uno, y ya debe de hacer tiempo de eso.

—Cuénteme qué piensa que le ha ocurrido a Laura.

La doctora Cheng frunce el ceño.

—De una cosa estoy segura, y es que no puede haber escapado por sí sola. Laura ni siquiera podía hacer girar el pomo de una puerta. Alguien se la llevó. El instituto no es una prisión, desde luego, pero nos tomamos muy en serio todo lo referente a la seguridad. Sólo un profesional cualificado que dispusiera de abundantes recursos podría haberla sacado de aquí..., pero no tengo ni idea de para quién podía trabajar o del porqué se la ha llevado. Si se tratara de un secuestro a estas alturas ya deberíamos saber qué rescate pretendían exigir, y en cualquier caso su hermana no tiene mucho dinero.

—¿Cree que pueden haberse equivocado de persona? Quizá pretendían secuestrar a algún otro paciente, alguien cuyos familiares pudieran reunir un rescate lo suficientemente elevado, y no se dieron cuenta de su error hasta que ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

—Sí, supongo que es una posibilidad.

—¿Algún candidato obvio? Me refiero a algún paciente con familiares particularmente ricos que...

—Realmente no puedo...

—No, claro. Discúlpeme. —A juzgar por su expresión, diría que Cheng está pensando en varios candidatos..., y lo último que quiere es que yo vaya a ver a sus familias—. Supongo que habrán incrementado las medidas de seguridad, ¿no?

—Me temo que tampoco puedo hablar de eso.

—No, por supuesto. Entonces hábleme de Laura. ¿Por qué nació con esas lesiones cerebrales? ¿Cuál fue la causa?

—No estamos seguros.

—Pero aun así deben de tener alguna idea. ¿Cuáles son las posibilidades? ¿Rubéola? ¿Sífilis? ¿SIDA? ¿Consumo de drogas por parte de la madre? ¿Efectos secundarios de al-

gún fármaco, o de un pesticida, o de un aditivo alimentario...?

Sacude enérgicamente la cabeza.

—Estamos casi totalmente seguros de que no se trató de nada de eso. Su madre recibió la atención médica y los cuidados prenatales habituales, no padecía ninguna enfermedad grave y no tomaba drogas. Y en cuanto a los agentes teratógenos y los mutágenos químicos, producen efectos distintos a los que hemos observado en nuestra paciente. En el caso de Laura no hay malformaciones, desequilibrio bioquímico, proteínas defectuosas, anormalidades histológicas...

—¿Y entonces por qué ese retraso mental tan acentuado?

—En el caso de Laura parece como si ciertos senderos cruciales del cerebro, ciertos sistemas de conexiones neurales que deberían haberse formado a una edad muy temprana, no hubieran logrado llegar a manifestarse. Posteriormente su ausencia imposibilitó el desarrollo normal que habría debido producirse a continuación. La pregunta es por qué esos senderos iniciales no llegaron a formarse. Como acabo de decirle, no podemos estar seguros, pero sospecho que se debió a un efecto genético complejo producido durante la fase uterina, un proceso muy sutil en el que estuvieron involucrados varios genes.

—Pero si se tratara de algo genético podrían confirmarlo, ¿no? Siempre pueden examinar su ADN, ¿verdad?

—Laura no presenta ningún defecto genético reconocido o catalogado, si es que se está refiriendo a eso..., lo cual sólo demuestra que algunos de los genes cruciales para el desarrollo cerebral todavía no han sido localizados.

—¿Algún historial familiar del mismo fenómeno?

—No, pero si hay varios genes involucrados, eso no tiene por qué ser sorprendente: la probabilidad de que un familiar compartiera la misma anomalía podría ser muy pequeña. —Frunce el ceño—. Discúlpeme, pero ¿realmente

cree que algo de lo que le estoy diciendo puede ayudarlo a encontrarla?

—Bueno, si la causa hubiera sido un producto farmacéutico o de consumo, los fabricantes podrían estar tratando de proteger sus intereses. Ya sé que ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, pero siempre cabe la posibilidad de que algún equipo de investigadores de los defectos congénitos acerca del que nadie sabía nada se disponga a publicar un estudio donde se afirma que el fármaco maravilloso X, el antidepresivo milagroso de los años treinta, hace que uno de cada cien mil fetos acabe convirtiéndose en una Laura. Supongo que habrá oído hablar de Productos de Salud Holística, esa firma de los Estados Unidos: seiscientas personas se encontraron con que sus riñones habían decidido dejar de funcionar después de que hubieran tomado su «suplemento energético», así que los directivos contrataron a una docena de asesinos a sueldo para que empezaran a eliminar a las víctimas, fingiendo muertes por accidente. Cuando hay cadáveres de por medio, las indemnizaciones por daños y perjuicios se reducen enormemente. Admito que el secuestro no parece tener mucho sentido, pero ¿quién sabe? Quizá necesitaban estudiar a Laura para extraer alguna clase de información que luego podría serles de utilidad en los tribunales.

—Todo eso me suena a paranoia pura.

Me encojo de hombros.

—Deformación profesional, ya sabe.

Se ríe.

—¿A qué profesión se refiere, a la suya o a la mía? Bueno, ya le he dicho que la causa era heredada.

—Pero no puede afirmarlo con total seguridad.

—No.

Hago las preguntas usuales sobre el personal: ¿alguien ha sido contratado o despedido durante los últimos meses, saben de alguien que tenga deudas o problemas o que, por el motivo que sea, pueda querer vengarse del Instituto